



HOMO VIATOR

La condición humana de la
posmodernidad al transhumanismo

Francisco Javier Rodríguez Buil

HOMO VIATOR

La condición humana de la
posmodernidad al transhumanismo



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Javier Rodríguez Buil

© Portada: *David transhumano* de Carla Congosto

ISBN: 978-84-19748-42-3

ISBN digital: 978-84-19748-43-0

Depósito legal: M-9873-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis hijos y, sobre todo, a mis nietos.
Porque serán ellos los que tendrán que encontrar
su camino, y su sentido, en la sociedad de la incertidumbre.
Y los que tendrán que responder al reto del transhumanismo.*

INTRODUCCIÓN

MOTIVACIONES E INTENCIONES

El hombre es un animal desdichado por comprender que es
un animal, y que aspira a dejar de serlo.

José Antonio Marina y María de la Válgoma,

La lucha por la dignidad

¿Qué nos pasa a los humanos? ¿Por qué nunca estamos a gusto con nosotros mismos? ¿Por qué no sabemos vivir en armonía con las otras especies vivas del planeta? ¿Acaso no somos el animal con más cerebro, el más inteligente, el hacedor de arte, ciencia y filosofía? ¿Por qué no nos mejoran nuestras creencias religiosas, esas prácticas ritualizadas para el control y dominio de la contingencia? ¿Será la tecnología la que conseguirá mejorarnos como nos prometen los transhumanistas? Parece que no hemos encontrado una vía segura para vivir en equilibrio con nuestra enorme fragilidad corporal y emocional y que, como dicen Marina y María de la Válgoma, lo que quisiéramos es *dejar de ser los animales que somos*. Y lo último, después del siglo más violento, con dos Guerras Mundiales y decenas de millones de muertos, algunos no en actos bélicos sino exterminados *industrialmente* por sus semejantes, es que el nuevo siglo nos ha ido trayendo una crisis tras otra, terrorista, económica, política, social y luego sanitaria y pandémica, y ahora bélica con la invasión y ruptura de las fronteras dentro de Europa, algo que creíamos superado, de modo que sociólogos, politólogos

y periodistas han dictaminado que los ciudadanos del siglo XXI parecemos condenados a vivir en una situación de crisis permanente, sin percatarse quizás del oxímoron en el que incurren, porque las crisis por definición son momentos de tránsito más bien pasajeros y en principio carecería de sentido calificarlas de *permanentes*.

Vivimos en los tiempos *líquidos* y sin estabilidad tan bien descritos por el pensador anglo-polaco Zygmunt Bauman, lo que para mí significa que somos a la vez modernos y posmodernos, inmersos a nuestro pesar en estructuras económicas, políticas y tecnocientíficas modernas y en corrientes, modas y formas de conocimiento posmodernas, el tiempo de las redes sociales, de la multisexualidad *queer*, y de la posverdad y la posdemocracia que se encamina según parece hacia los tiempos del *transhumanismo poshumano*. Modernidad, posmodernidad y transhumanismo son términos quizás extraños para el lector corriente, pero espero que, si tiene la paciencia de leer estas páginas, al final le parecerán claros e incluso familiares.

Respecto de la modernidad, pocos conceptos han sufrido tantos vaivenes laudatorios y críticos. Modernidad resume los rasgos de la tradición histórico-cultural de la Edad Moderna, esos siglos que nos trajeron muchas de las características que dominan todavía nuestro mundo, desde la economía basada en el crecimiento continuo, la innovación y el rendimiento, a las instituciones políticas basadas en los Estados nacionales, la tecnología científica que transforma la realidad, la secularización de la sociedad, los ideales emancipatorios y de progreso y diría que incluso nuestro psiquismo reivindicativo, individualista y fuertemente subjetivista.

Pero los historiadores, filósofos y sociólogos del siglo XX han analizado con detalle la lógica interna del afán universalista de la modernidad y criticado los gérmenes de autoritarismo que anidaban en sus entrañas, la ingenuidad de su pretensión de una racionalidad perfecta y al margen de la historia, así como los peligros de la tecnología científica para la sociedad y los ecosistemas de nuestro planeta. La modernidad como concepción global terminó, se nos

dice, y vino la posmodernidad, de modo que somos modernos y a la vez hemos dejado de serlo.

La posmodernidad hace tiempo que dejó de ser una cuestión de cátedras universitarias y se convirtió, primero, en una presencia citada con mayor o menor conocimiento y rigor en los medios de comunicación, y después en algo sociológico, en un *tono vital* que circuló por la calle en los millones de individuos descreídos de los absolutos, descreídos con las instituciones y la democracia, descreídos de tanto político corrupto aunque votando a cualquier líder que grite alto sus soluciones simplistas para este mundo tan hipercomplejo, desorientados con la paradoja del exceso y a la vez la falta de normas y que cantan en cualquiera de esos festivales al aire libre que proliferan en el mundo ese himno al subjetivismo inmoderado que popularizó Freddy Mercury, cuyo estribillo dice sin pudor: «Lo quiero todo y lo quiero ahora» (*I want it all, I want it now*).

Se trata de una mayoría perdedora con las crisis sucesivas del siglo, sin un futuro claro y que ya no cree en el progreso histórico indefinido (salvo en lo tecnológico cuyas novedades consumen con avidez), que parece por ello vagamente consciente de que la modernidad con sus promesas de progreso continuo e ilimitado es una tradición histórica acabada, aunque todavía se pueda encontrar por ahí algún neomoderno que no se quiera enterar de las rebajas del estado del bienestar, de los peligros que la industrialización suponen para los ecosistemas y el clima global, de la pauperización de las clases medias y las condiciones de trabajo, de la ausencia de unos criterios únicos y universales para la interpretación global del sentido de la vida humana y ni siquiera para determinar la verdad de lo ocurrido en los hechos sociales, a los que la subjetividad aplica una epistemología hecha con categorías binarias de género y clase, que suelen ser a su vez construcciones históricas deudoras de situaciones de privilegio y poder establecidas y consolidadas por la costumbre.

Tras el derrumbe conceptual de la modernidad llegaron los años de auge de la posmodernidad, un término complejo que pue-

de resumirse en la renuncia a muchos de los absolutos que durante la modernidad se proclamaban, la apertura a nuevas formas de subjetividad y en unas ciencias humanas que se abrieron a las diferencias, sobre todo las de género y las étnicas. Años que abrieron sobre todo incertidumbres que lejos de cerrarse continúan latiendo en nuestro presente, y ahora nos encontramos en un paréntesis que Anthony Giddens y otros autores han llamado *la tardomodernidad* para referirse al momento de crisis en el que parecemos estancados. Dedicaré el primer capítulo a argumentar en qué seguimos siendo modernos y en qué y por qué la modernidad ha llegado a su fin, y describir y justificar en qué y por qué somos posmodernos, y cómo eso nos aboca a una sociedad llena de incertidumbres como la que vivimos, lo que, más que una debilidad, es también una potencia.

Pero vaya por delante que en estas páginas no se pretende solo un relato histórico o sociológico sino *una reflexión sobre la condición humana*, en diálogo con la filosofía y la ciencia de los siglos xx y xxi, que han hecho de la *finitud* y de su ascensión o su superación una de sus claves. Reflexión que nos llevará desde la filosofía clásica hasta el siglo xx y luego hasta ese nuevo *ismo* cada vez más presente, el *transhumanismo*, que promete de nuevo progreso y un futuro arcádico con base en la tecnología fruto de nuestra racionalidad. ¿Vamos hacia una nueva *modernidad transhumana*?

Ahora que la filosofía había proclamado el momento de superar la infancia y la adolescencia respecto de nuestra condición finita, el momento de asumirla con cordura y madurez sin negarla como una maldición sino como nuestra condición a aceptar y reivindicar, sin tener que recurrir a ningún absoluto que la justifique, el transhumanismo nos promete un hombre nuevo mucho más poderoso y quizás inmortal. ¿Acaso la tecnología científica nos permitirá superar nuestra radical finitud? Son dos ideas opuestas sobre nuestra condición. Por un lado una sólida filosofía de la finitud, que resalta sus rasgos y nos anima a asumirla como algo positivo y por otro una propuesta de origen tecnocientífico que destaca nuestra inne-

gable tendencia a cambiar y mejorar nuestra vida, a superar todo tipo de límites y tener cada vez menos finitud, más posibilidades, más vida y mejor.

Dos de los mitos fundacionales más importantes, el *Poema de Gilgamesh* de los sumerios y acadios y el *Génesis* judeocristiano, hablan precisamente de la búsqueda por el rey Gilgamesh de la inmortalidad y de la expulsión de Adán y Eva del paraíso por haber incumplido los límites impuestos, ambas expresiones plásticas de nuestra condición de seres insatisfechos y deseosos de mejorar. ¿Es hora de asumir o de rechazar la finitud de nuestra condición? Reflexionar sobre lo humano en nuestro presente y preguntarme por el futuro posible es el programa de las páginas que siguen, fruto lento de unas pocas experiencias que me acompañan, aunque a veces sería mejor decir que me persiguen. Porque toda obra tiene una experiencia y una motivación previa que la pone en marcha. Y la presente descansa sobre *dos vivencias* a la vez profundas e íntimas que me han acompañado desde que empecé a reflexionar y *una convicción* fruto de ese lento peregrinaje reflexivo.

En primer lugar la vivencia de la fragilidad que somos, tanto desde el punto de vista del conocimiento donde los errores, los prejuicios y los abundantes ídolos (lingüísticos, grupales, profesionales, ideológicos, etc.) que nos rodean y acompañan y nos suelen encerrar en opiniones poco fundadas pero defendidas con vehemencia e incluso violencia que imponemos a los demás; porque más frágiles aún somos en lo afectivo, donde emociones, sentimientos, pasiones y nuestro heredado temperamento suelen ser hilos que tiran de un comportamiento marioneta, que luego usa a la razón para justificar sus desmanes e intentar mantener una buena imagen. A esta fragilidad de nuestro psiquismo se une la constatación diaria de la vulnerabilidad constitutiva de nuestro cuerpo, pero no solo por el dolor —que es a lo que apunta la palabra latina *vulnus*—, sino también en el sentido de que por el cuerpo estamos *abiertos-al-mundo* tanto para lo malo, el dolor, como para todo lo bueno, el placer, el sentir y el conocer. Un

cuerpo cuyos hábitos, aunque sean responsabilidad de nuestras conductas repetidas, nos persiguen y consiguen a menudo acabar con nuestras buenas intenciones; por no hablar de las enfermedades que lo acosan y de su deterioro con los años, que lo conducen hacia la condena final de una muerte insoslayable, de modo que, para decirlo ya desde el inicio, la primera vivencia que inspira esta obra es *la experiencia radical de nuestra finitud* y de las innumerables imperfecciones que la acompañan, una de las caras de una moneda cuyo otro rostro muestra poder, inteligencia y creatividad, capacidad de sacrificio y generosidad, junto a resiliencia para soportar desgracias y continuar luchando, aunque sea con nuestras limitadas y finitas fuerzas.

Hace años intenté un primer abordaje de la finitud desde el análisis de la alienación, un intento de comprender la fragilidad humana en diálogo con la filosofía de Paul Ricoeur. No me interesaba entonces la descripción de un tipo concreto de alienación históricamente dado, sino desvelar las claves de la desproporción humana que pudieran servir para explicar por qué los humanos nos alienamos tanto, y tan asiduamente y con tanta facilidad, y que intenté fundamentar con la noción de *alienidad*. Pocos años después confronté el pensamiento de Ricoeur con la posmodernidad en un artículo así titulado atreviéndome a ofrecer un decálogo de *creencias posmodernas* sobre las que, con bastantes correcciones y ampliaciones, volveré para proponer y discutir en el capítulo tercero (1). Ya queda indicado que Paul Ricoeur, un autor que no es posmoderno, va a ser uno de mis referentes a lo largo de este ensayo para intentar interpretar la finitud humana desde la hermenéutica y la narratividad, junto a otros autores ya claramente posmodernos, como Lyotard, Vattimo o Bauman y algún tardomoderno como Byung-Chul Han y los más cercanos José Antonio Marina y Joan Carles Mélich.

1 Rodríguez Buil, F. J., *Antropología de la alienación según la filosofía del sujeto de Paul Ricoeur*, FUE, Madrid, 2003. El artículo que se cita es «Paul Ricoeur y la posmodernidad», *Revista Paideia*, número 25 (1994), pp. 9-26.

En segundo lugar, paralela a la vivencia de la finitud hay que colocar la vivencia *del misterio y la alegría ontológica*, es decir el misterio producido por la incomprensión de por qué hay algo en vez de no haber nada, el misterio de la contingencia de todo lo que es junto al gozo alegre de su ser, la admiración permanente ante el *haber* de las cosas y del mundo, su observación y el paladeo sensorial de sus formas y colores, sus texturas, sabores y dimensiones, es decir, la alegría del disfrute de la presencia de lo presente, y también la alegría ante el conocimiento, por parcial e inseguro que sea, pero que sacia momentáneamente nuestra infinita curiosidad, junto al misterio ante la incertidumbre radical del porqué de lo real.

La *convicción*, por su parte, se refiere a *nuestra condición lingüística y narrativa*. Hay otras formas de psiquismo de las que apenas sabemos nada, como es el caso de los delfines o de nuestros parientes primates, sin duda con un poderoso psiquismo que no pueden expresar como nosotros. Los humanos somos unos animales frágiles pero poderosos, gracias a nuestro psiquismo engarzado en un lenguaje complejo con el que no dejamos de contarnos cosas, para así darnos cuenta de ellas y al mismo tiempo de nuestro estar y hacer con ellas.

Hoy se llevan mucho los ensayos sin índice clarificador, que cabalgan entre la filosofía y la poesía, desmenuzando ideas y vivencias entre metáforas a veces extrañas y otras iluminadoras. Son autores que se valen de aforismos porque rechazan la razón conceptual dado que esta siempre termina en lo mismo: en un sistema, y la sospecha de la falsedad de todos los sistemas es precisamente uno de los rasgos que caracterizan a nuestra época. Comparto parcialmente ese dictamen pero ni rechazo los conceptos ni las visiones sistemáticas, y este ensayo sí tiene un desarrollo lógico estructurado en tres partes, cada una con varios capítulos.

En la primera, la más árida para un lector no habituado a la terminología filosófica, analizo la relación entre nuestro presente y el modo en que entiendo la finitud. Primero explico qué fue la modernidad, la posmodernidad y qué quiero decir al calificar

nuestro presente de sociedad de la incertidumbre (capítulo 1). A continuación se repasa el modo en que la finitud ha sido tratada en el pensamiento occidental para desembocar en la filosofía del siglo xx, que hizo de esta noción una de sus claves interpretativas y, a mi juicio, hace posible una asunción por fin adulta de la condición finita humana, destacando tanto sus rasgos favorables como los menos positivos (capítulo 2). La primera parte se cierra con el citado decálogo de *creencias* propuestas desde la finitud y que quieren ser una descripción de nuestra condición presente desde una perspectiva antropológica y laica. Un horizonte conceptual y de sentido para comprender desde la reflexión antropológica cómo y dónde estamos ahora y hacia dónde quisiéramos orientarnos en el próximo futuro (capítulo 3).

El intento de comprender nuestro presente desde la finitud orienta el resto de la obra. La segunda parte se dedica íntegra a fundamentar el carácter narrativo de nuestro psiquismo lingüístico (capítulo 4), analizando lo que los elementos de todo relato y los propios tipos de relato nos dicen de cómo somos los humanos (capítulos 5 y 6), para terminar con una reflexión sobre las biografías y la construcción de un relato personal que toda vida humana es (capítulo 7). Esta parte resultará seguramente mucho más accesible al lector medio. He procurado no sobrecargar el texto ni con términos difíciles ni con citas que corten continuamente la lectura, aunque alguna cita y algún término técnico aparezcan de vez en cuando para precisar o cuando una cita sea literal. Creo que las múltiples deudas de este ensayo con algunos grandes autores se harán evidentes sin tener que citarles continuamente, como sería menester.

La tercera parte, finalmente, es la dedicada a reflexionar sobre el nuevo relato tecnológico del transhumanismo, al que primero hay que describir (capítulo 8), para luego analizar sus propuestas desde esa finitud asumida de modo adulto que es precisamente la que los transhumanistas pretenden trascender (capítulos 9 y 10).

El título, *Homo viator*, «hombre viajero», usado en sentido laico y sin las referencias religiosas con que aparece en el homónimo de

Gabriel Marcel, se refiere a nuestra condición de eternos caminantes, pero añadiendo al sentido clásico de seres *itinerantes*, cuya vida es un continuo aprendizaje desde el nacimiento hasta la muerte, la idea defendida en el ensayo de ser *peregrinos en busca de un sentido* para nuestro vivir autoconsciente. Creo que al ser humano le cuadra el título de *Homo viator*, un *viajero permanente* en cuanto que nunca estamos del todo seguros de nuestras creencias ni nunca hemos llegado definitivamente a nuestro destino. Y cada vez que así lo creemos nuevos retos y nuevas verdades nos obligan otra vez a emprender la peregrinación, a volver a buscar y a construir ese sentido que sostenemos con nuestros relatos y que a la vez nos sostiene en nuestro vivir.

El nuevo reto es la llegada del *Homo excelsior* que los transhumanistas auguran y que pretende precisamente ir más allá de la humanidad actual y superar su manifiesta finitud, convirtiendo al eterno aprendiz y viajero itinerante en un ser excelente y superior. He escrito este libro para reflexionar sobre la finitud humana, a la vez trágica y gozosa, frágil pero poderosa gracias a la inteligencia y el lenguaje, llena de luces y sombras que toda buena antropología filosófica debería empezar por describir, desplegando sus posibilidades y aclarando sus límites. Límites cuyo nuevo horizonte de posibilidad prometido por el transhumanismo habrá que enfrentar y calibrar.

Reflexionar sobre la condición humana desde la posmodernidad al transhumanismo, desde el incierto presente al inmediato futuro. Vivimos en la incertidumbre de ser a la vez modernos y posmodernos, aunque este polisémico término ha sido interpretado de tantas y tan dispares maneras que hacen difícil entender de qué se está hablando en cada ocasión. Hay al menos tres modos habituales, pero opuestos, de referirse a la posmodernidad, que hay que diferenciar para aclarar desde el inicio donde se encuadra mi propuesta.

Uno, el tristemente más generalizado, utiliza el adjetivo posmoderno en tono despectivo y peyorativo pues entiende la pos-

modernidad de forma *radical* y *nihilista* como una visión global que iguala el valor de verdad de los distintos discursos, equiparando la superchería a la ciencia y abocándonos al relativismo al negar que exista algún fundamento creíble para preferir unos valores éticos, estéticos o gnoseológicos a otros. Es una interpretación parcial e interesada promovida inicialmente por cierta derecha ideológica que ayer quería eliminar de las universidades cualquier esbozo de teoría crítica (pues, decían, las facultades de humanidades se habían convertido en un semillero de agitación y disidencia) y que hoy todavía acusa a la posmodernidad de ser la instigadora de la *posverdad*. Interpretación que dio lugar a polémicas y parodias ya superadas, que tuvo como mejor logro erradicar excesos de banalidad que se autorrefutaban y que rechazo por completo.

Desde el otro extremo ideológico se habló de una *posmodernidad conservadora*, así la calificó Jürgen Habermas, para referirse, por un lado, a esas obras de deconstrucción cultural que reflexionaban sobre las diferencias y, al centrarse en reivindicaciones parciales —el feminismo, el sexismo, el ecologismo, las identidades de género o raza, etc.—, se olvidaban de elaborar un proyecto global de emancipación de la humanidad, y por otro a esas obras de sociología escritas con gracejo que se limitaban a una mera descripción social de la diversidad y lo efímero y vacío del presente actuando como consolidación de lo dado sin afrontar ningún esfuerzo crítico por mejorar el mundo humano, una interpretación interesante, en clave política pero excesivamente parcial, que se desentiende de muchos otros aspectos de la posmodernidad y que igualmente rechazo para alinearme con los autores que interpretan la posmodernidad de forma *hermenéutica* y *comprometida*, tanto con la racionalidad como con nuestro presente, como una forma de hacer filosofía que no iguala el valor de los discursos ni rechaza la verdad de la ciencia, pero tampoco la posibilidad de mejorar la experiencia humana ni la búsqueda de valores y de un sentido global, aunque proclame que todos los valores y sentidos son humanos, a veces, ¡ay!, demasiado humanos.

Han pasado 20 años de las polémicas terminológicas sobre la posmodernidad, tiempo suficiente para que, vueltas las aguas a su cauce, podamos pensar mejor en qué seguimos siendo modernos y en qué hemos dejado de serlo y somos ineludiblemente posmodernos en el citado sentido de aceptar nuestra condición finita de buscadores de un saber hermenéutico, comprometido con la racionalidad pero ineludiblemente parcial y limitado. Lo que está en juego, bajo una polémica aparentemente terminológica, es la credibilidad de las teorías críticas de las humanidades, su grado y tipo de racionalidad en la comprensión de lo humano y su valor para promover nuevas ideas y teorías emancipatorias que permitan mejorar la sociedad.

El ensayo tiene un tono optimista que a muchos les parecerá ingenuo, pues no termina con un dictamen apocalíptico del futuro que nos acecha sino con una llamada a una esperanza racional y laica. Aprecio que tanto la finitud como la posmodernidad son elementos constituyentes de nuestro modo de ser y nuestro incierto presente, y que la renuncia a los absolutos y la aceptación de nuestra *racionalidad vulnerable* (la expresión es de Miquel Seguró, 2021) son, ambas, fuentes de incertidumbre, inseguridad y misterio, sin duda, pero también de posibilidades, valores e ideales fruto de nuestra imaginación creadora. También de esperanza y alegría para el futuro, aunque habrá que precisar de qué alegría y a qué esperanza me refiero, para no incurrir de nuevo en falsas esperanzas de la modernidad.

Nada hay de vergonzoso en la fragilidad y limitación de nuestra condición existencial. Pensar que la muerte que nos espera es el límite máximo, sin ningún más allá redentor, es a mi juicio muestra de la madurez de la razón humana y no tiene necesariamente que sumirnos en la desesperación ni tiene por qué obligarnos a buscar una salida en ninguna figura paternalista y salvadora. Tampoco debe privarnos del trabajo por comprender lo mejor posible nuestro presente, ni de intentar proyectar lo mejor posible el futuro para las siguientes generaciones. Sin embargo, esa condición

mortal quizás pueda ser superada en el nuevo *Homo excelsior* que los transhumanistas ven en el horizonte. Una posibilidad que habrá que enfrentar.

También me parece un síntoma de madurez un pensamiento que aunque se reconozca en muchos aspectos *débil*, porque renuncia a los absolutos fundantes, no por ello renuncia ni a la responsabilidad personal ni a la búsqueda de una verdad cada vez mejor fundada, frente a los pensamientos que se pretenden *fuertes* y lo son sobre todo para enmascarar la voluntad de poder y sojuzgar a las sociedades y los psiquismos. La finitud y las críticas al saber absoluto y la epistemología binaria hechas desde la posmodernidad deben ser reconocidas, asumidas y elogiadas en todo su potencial. Este ensayo pretende ser un elogio de la *poderosa* finitud humana y de una comprometida y *esperanzada* posmodernidad.

¿Habrá por fin llegado el momento de aspirar a una *espiritualidad laica* que no renuncie a trascender nuestro aquí-así-ahora-animal creando sentidos y valores colectivos solidarios, pero lo haga desde la finitud, de un modo laico y sin el paraguas de ningún absoluto?